

CAPITULO V I

UNA REVOLUCION PACIFICA

La inconsciencia de la realidad social colombiana. - Nuestro Estado molondro y despilfarrador. - Pensar en función colectiva y planificar. - Proyectos y proyecticos, planes y planecitos. - Inmediata campaña de educación política. - Una nueva tabla de valores.

Fundamento esencial de toda actividad política es el conocimiento del medio en donde ha de desenvolverse. Un rápido vistazo sobre el panorama colombiano puede darnos los elementos de juicio necesarios para orientar nuestro dinamismo hacia los objetivos que la hora actual reclama y la realidad impone.

En el primer plano de la apreciación objetiva de las condiciones del país, se ve flotar una angustia densa y cargada de presagios, que se exterioriza en violencia, huelgas, atentados dinamiteros, lenidad en la justicia, improbidad en las dependencias de la administración pública y, en fin, en diversos brotes de descontento de la colectividad.

A mi entender, estas no son causas sino efectos de un desequilibrio en la estructura social del Estado. Se percibe un desajuste que se traduce en malestar general. Es que las viejas normas sobre las cuales descansó orgullosamente nuestra fisonomía democrática y republicana, han perdido su eficacia, porque no satisfacen ya a la inteligencia ni encuadran dentro del torrente de nuevas adquisiciones con las cuales se ha enriquecido la actividad del conglomerado social.

La industrialización, como causa primordial, trajo a las capitales una afluencia de individuos que abandonaron su primitiva artesanía para quedar inmersos dentro de la gran empresa. Ya el zapatero que hacía cuatro pares de zapatos a la semana quedó desplazado por la fábrica que produce miles por día. El sastre o la costurera que confeccionaban un vestido diario, fueron arrollados por la producción en bloque. El ama de casa que fabricaba las velas de sebo con que nos alumbrábamos, el jabón de la tierra, el pan y el lienzo para la mantelería y las colchas de confites, etc., vieron asombradas aparecer la electricidad, los finos champús y jabonería especializada, los lujosos géneros, batistas y mantas. Toda esta gente que fuera hasta ayer unidad aislada porque trabajaba únicamente en provecho y beneficio del núcleo familiar, quedó de pronto uncida al poderoso carro de la renovación industrial y destinada a empujarlo, sin que recibiera una retribución equitativa.

Fueron los obreros los primeros en surgir con una conciencia de clase explotada y se sindicalizaron para su

defensa. Luégo los maestros, el gremio quizá más oprimido y peor remunerado porque estaba compuesto, en su gran mayoría, por mujeres abandonadas o viudas, o por solteras carentes de recursos para su subsistencia, cuando no había para las mujeres más profesión que la del magisterio, que se convirtió así en función de beneficencia. Los mismos campesinos, hasta ayer siervos de la iglesia, se agruparon en ligas, convencidos todos de que era preciso formar fuerzas de presión que se convirtieran en valores capaces de producir hechos creadores de consecuencias.

La capacidad civil y la independencia económica de la mujer casada, y luégo los derechos políticos, situaron también a esta especie de mueble de lujo en la nueva posición de sujeto de derecho y, por tanto, en franca rebelión contra desuetos principios civiles y penales.

El pueblo entero se convenció de que la mera fuerza individual había perdido su operancia y el liberalismo manchesteriano del *laissez-faire* quedaba sepultado en el pasado, porque las organizaciones de diversas clases cobraron con el correr de los días mayor fuerza expansiva para la defensa de sus propios intereses.

Entre tanto, los señores feudales, poderosos terratenientes, dueños absolutos de la industria y del capital y, por tanto, de los grandes negocios, continúan ciegos y sordos al creciente rumor popular, convencidos de que pueden parar el mundo y perennizar sus privilegios. Aferrados a moldes y patrones de conducta que perdieron su eficacia, continúan inmóviles, tratando en vano de fabricar

paliativos y sedantes que detengan el avance de los nuevos estamentos sociales que, ansiosamente, buscan un reajuste acorde con los cambios y necesidades actuales en todos los órdenes de la vida.

Ejemplo patente de la situación reinante es el escándalo provocado a raíz del intento de reforma al Código Civil, cuando se trató de la potestad marital que es, conforme al artículo 177 del Código Civil, “el conjunto de derechos que las leyes conceden al marido sobre la persona y bienes de la mujer”. Si la Ley 28 de 1932 otorgó a la mujer casada la libre administración y disposición de sus bienes y la facultad de comparecer en juicio sin autorización del marido, y si los derechos ciudadanos la colocaron en pie de igualdad con el varón para decidir sobre los negocios públicos y del manejo del Estado, sin restricción alguna, ¿cuáles son “*las leyes*” en que se apoya hoy el rígido precepto? Habremos de convenir en que es absolutamente nulo porque en el hecho y en la práctica ha dejado de existir. Sin embargo, algunos juristas autorizados desataron una verdadera tempestad hasta lograr que su letra muerta perdurara en el Código Civil como viejo estandarte de la omnímoda dominación del marido. Emularon liberales y conservadores en el arranque defensivo de su poderío, que creían minado con la supresión del desueto precepto y, a falta de argumentos legales y jurídicos, acudieron a la Iglesia para constituirlo en dogma religioso inamovible.

¿Piensan acaso que la ley escrita puede servirles para detener el impulso renovador de un pueblo que se asfixia

dentro de esa camisa de fuerza que habrá de romper violentamente para no perecer? ¿No entienden que es más cuerdo y más humano ampliar estos moldes, renovarlos y ponerlos a tono con la época, en forma progresiva y pacífica? ¿No es preferible la transformación equilibrada en vez de la revolución sangrienta? Pero si no dejan hacer la revolución pacífica, si se empeñan en continuar inmóviles como estatuas de piedra para cerrar el paso a la renovación, serán las primeras víctimas de una catástrofe sin precedentes.

Reafirma estas apreciaciones el informe presentado por las Naciones Unidas “sobre el progreso social de las cuatro principales regiones en desarrollo del mundo, durante la última década”, del cual trae “El Tiempo” del 22 de marzo del presente año una síntesis que en relación con América Latina dice así:

“...Un alto grado de tensión social, combinado con un sentimiento de urgencia y frustración, existe en la región.

“Hay gran dilación de llevar la política a programas activos, intensos debates sobre cuestión de detalles, y evidente falta de confianza entre las clases, los grupos políticos y los intereses regionales en la buena fe y la capacidad de cada uno.

“...La ‘antigua élite’ latinoamericana, según el estudio, está siendo desafiada o echada a un lado actualmente por más grandes estratos de la población urbana, y las masas se están transformando simultánea-

mente o abandonando sus normas tradicionales de vida, conscientes del desnivel existente entre sus 'derechos sociales' y el lugar que ocupan en la sociedad, uniéndose a movimientos políticos, sindicatos obreros y ligas campesinas, y algunas veces eructando en estallidos de violencia sin un propósito definido".

Ya lo dijo el Padre Lombardi: "Un egoísmo crudo preside todos los actos humanos". Es así como nadie quiere pensar en función colectiva porque el ejemplo viene desde los más altos centros sociales y se extiende por toda la periferia. La política, las finanzas y aun la acción social están dirigidas por el más crudo personalismo. No de otra manera se explica el alza de las dietas de los parlamentarios en momentos tan difíciles para el fisco nacional.

Me asalta el temor de que este egoísmo haya entrado a contaminar igualmente el caudal femenino, que ya empieza a sentir la ambición personalista de fama, poder o lucro; quieren también las mujeres ocupar posiciones con el mismo criterio masculino. Prueba de ello es que el alza de las dietas decretada por el Parlamento no tuvo en la primera etapa más opositores que el veto del señor Presidente. Elegante y digna actuación hubiera sido la de las parlamentarias afrontando en bloque un debate público contra esta indecorosa exteriorización de voracidad presupuestal, que tanto ha repugnado a la opinión pública.

En todas las épocas aciagas aparecen constelaciones intelectuales que tienen ante sí las más grandes posibili-

dades para impulsar la transformación anhelada y me parece que éste es el caso específico del nuevo caudal ciudadano representado por la mujer. ¿Quién sino ella, aglutinada en poderoso movimiento de fuerza moral incontrastable, podría en estos momentos insurgir como limpio caudal, para barrer la ignominia de esta politiquería manzanillesca y sectaria que condujo al país hasta la ruina de los principios básicos de la democracia?

Pensar en función colectiva y planificar, son las bases para la reconstrucción de esta democracia que agoniza ante la angustia de todos los que continuamos creyendo que es la única forma de gobierno capaz de mejorar y embellecer la vida, porque solamente dentro de un clima de libertad florece y se desarrolla plenamente el armonioso juego de la actividad humana, individual y social.

Parece que son dos las principales fallas de nuestra democracia: su estatismo, que estorba y hace lentos y difíciles los procesos de reajuste y avance y su despilfarro en la distribución de los fondos del erario público, que los torna insuficientes o casi nulos, porque al parcelarse indefinidamente para atender a múltiples y diversos intereses, se atomizan hasta el punto de que todos reciben una brizna que los deja a todos sin solución alguna.

En mi reciente visita a los países socialistas pude observar las innegables cualidades de los sistemas de planificación que, al condensar en un plan global y a términos técnicamente calculados todos los recursos presupuestados para cada una de las ramas de la administración pública, impiden la dispersión e imprimen un rumbo cierto y di-

námico a la solución de las más apremiantes necesidades vitales. Las fallas de su funcionamiento no residen en su esencia sino en la manera impositiva de ponerlos en vigencia.

Nuestro sistema democrático y representativo nos ofrece la posibilidad de ponerlos en marcha por medio de la persuasión y el convencimiento, empleando todos los sistemas que la moderna publicidad y el diálogo con el pueblo colocan en nuestras manos.

Entiendo por planificación el estudio global de cada una de las ramas de la administración pública para el ordenamiento y coordinación de sus diversas fases, a fin de acomodar soluciones concretas a plazos fijados de antemano.

En la educación, por ejemplo, habríamos de contemplar el siguiente esquema:

- a) Estadística de la proporción de analfabetos en el país;
- b) Estudio étnico y demográfico de las diversas regiones del territorio nacional en cuanto a los factores que inciden para determinar el analfabetismo;
- c) Número de escuelas y de colegios indispensables para cubrir la primera etapa educativa;
- d) Número de maestros y profesores necesarios para cumplir la finalidad propuesta;
- e) Programas de dinamismo y concreción precisos para producir un resultado efectivo a corto plazo;

- f) Determinación de los recursos indispensables para tal propósito; y
- g) Apropriación y distribución de dichos fondos.

Se me dirá que éstas son verdades de perogrullo y que no hay dinero ni presupuestos que resistan la inmensa mole de analfabetos que pesa sobre un país subdesarrollado. Carece de verdad y realismo este argumento destinado a convencer a los simples y que es exacto al del padre de familia que dijera: —No hay más que cinco pesos para el mercado de hoy, y como con eso no alcanza para que ustedes coman, yo me los bebo en cerveza y ustedes aguanten el hambre.— Claro es que con los cinco pesos comerán todos muy mal, pero bien distribuídos, comerán algo.

Si los 50 o más millones que se distribuyen para auxiliar a diversas instituciones docentes de todo orden se sumaran a los porcentajes que para educación se destinan en el presupuesto, y se distribuyera todo en forma ordenada y metódica, conforme a un plan científica y técnicamente elaborado, ya tendríamos algo, al menos, un principio de solución para este problema que crece diariamente, y diariamente se nos repite que “no hay plata”.

Igual cosa sucede en la asistencia social, en la vivienda, en la justicia, etc. Para nada hay dinero suficiente, excepto para mantener un enorme tren burocrático, que es la palanca de comando de los politiqueros de turno.

Una de las mil formas de dispersión de los dineros públicos es la de los paseos de los Ministros y demás altos

funcionarios por el país, con el pretexto de obtener información sobre los problemas y necesidades de su ramo, cuando no es para inaugurar o poner primeras piedras. En cuanto a lo primero, ¿habrá alguien que carezca del conocimiento de la infinita miseria y desnutrición de nuestro pueblo? En cuanto a lo segundo, ¿cuándo habrá un gobierno de austeridad capaz de desterrar de sus esferas esa vanidosa fanfarronería que se multiplica en inscripciones, piedras, manifestaciones, obeliscos, retratos y bustos?

Se afirma que la vanidad reside únicamente en las mujeres. Pero si hay alguna vanidosa exhibición y costoso despliegue de publicidad personalista es en las manifestaciones de aplauso a los gobernantes costeadas por el erario público, que se pusieron en moda durante el régimen de Rojas Pinilla, se transmitieron por contagio y han adquirido una alta posición social en nuestros días. Ya la probidad, la pulcritud y la honestidad no son virtudes esenciales y obligatorias para el mandatario digno y acatado por su pueblo, sino extraordinarios dones con que se nos regala y por los cuales hemos de exteriorizar públicamente nuestra gratitud. ¿Es que estamos tan envilecidos como para considerar como una gracia el cumplimiento del deber?

Otra ventaja que ofrece la planificación es la de acabar con uno de los sistemas más usados por los cazadores de curules, que es el de decretar auxilios a los pueblos a cambio de sus votos. Nociva y perniciosa práctica, que convierte en girones el presupuesto nacional, sin aportar

más que soluciones parciales para pequeñas obras, muchas veces de secundaria importancia, mientras la gran masa del conglomerado humano continúa sumida eternamente en el mismo abandono.

Porque habremos de convenir en que no hay un plan completo y bien estructurado que abarque el territorio para cubrir ninguna de las urgencias de actualidad; ni en la economía, ni en las finanzas, ni en la educación, ni en la asistencia social, se perfila nada concreto, global. Son proyectos y proyecticos, planes y planecitos a la deriva; promesas y multiplicación de un número increíble de centros, institutos y organismos oficiales y semioficiales de todo género. comandados por fastuoso tren burocrático con altísimas asignaciones.

Condición esencial para el desarrollo y correcto funcionamiento de una planificación en cualquiera de las ramas del servicio público, como la de la educación que acabo de esquematizar, es la movilización de una vasta campaña de convicción sobre las masas populares. que se obtiene mediante la explicación clara y concreta de cada uno de sus puntos. A cualquier individuo, por lerdo y mal intencionado que sea, le agrada recibir la información sobre los planes del gobierno, y al entrar a conocerlos, discutirlos y entenderlos, comprende sus ventajas, los acepta gustosamente y coopera a su desarrollo.

Este tipo de campañas destinadas a demostrar la bondad de los sistemas de planificación tienen, además, la ventaja de que educan al individuo en el sentido de enseñarlo a pensar en función colectiva. Si se parte de que lo

que conviene a un elemento de determinado grupo o capa social es de primordial importancia para el mejoramiento de todo el grupo, se llega fácilmente a la conclusión de que solamente el grupo o cuerpo social organizado está en condiciones de constituir una fuerza capaz de hacer triunfar las aspiraciones comunes y llevarlas a la práctica por medio de sus representantes directos. De esta suerte, en vez de la acostumbrada propaganda efectista que trabaja sobre la emotividad de las masas y que es de común usanza cuando se quiere canalizar la opinión en torno a las iniciativas del gobierno, se ejercita un moderno sistema de exposición razonada, que las lleva a la certidumbre de que solamente por los cauces de la acción comunitaria pueden llegar al logro de sus aspiraciones. Este despertar del atrofiado sentido de solidaridad humana va acostumbrando a las gentes a pensar en grande para movilizarse, no ya por mezquinos intereses personalistas, sino por nobles ideales que a todos convienen y favorecen. Es esta la única fórmula positiva para acabar con los brotes de anarquía y descontento que tanto desazonan a los gobernantes hasta llevarlos a producir violentas demostraciones de fuerza y poderío represor, después de los cuales se arrepienten y desdichan al día siguiente, con menoscabo del principio de autoridad. En estos estallidos de cólera olvidan que en una sociedad estática, en donde los hábitos y costumbres se transmiten por tradición o conforme a una legislación milenaria, y los estamentos y clases sociales continúan aletargados e inmóviles en su posición secular, es fácil mantener la obediencia ciega a las viejas

normas: así los obreros trabajan para los capitalistas; los campesinos para los grandes terratenientes, y las mujeres reemplazan con ventaja al escuadrón de los antiguos esclavos, sobre los cuales descansaba el señorío y la gloria de los amos.

Pero en la sociedad moderna, industrializada, ya las cosas no funcionan conforme a esas medidas. Se necesita entonces un nuevo tipo de educación para los párvulos y una reeducación para los adultos, que sólo se obtiene mediante la acción continua de líderes capaces de exteriorizar las nuevas pautas y de volcarlas al conglomerado social por medio de paciente labor de convencimiento.

Hace falta una mayor flexibilidad y receptividad mental para acoger a los diversos grupos o matices, proyectar sobre ellos una vasta red de conferencias, mesas redondas, ruedas de prensa y demás medios que la moderna publicidad tiene a su alcance, para producir la reeducación de los adultos y, como consecuencia, el acuerdo colectivo. Convencer en vez de imponer.

Pienso que la jerarquía eclesiástica aportaría un valioso concurso desde los púlpitos y demás cátedras que tiene bajo su dirección, para el desarrollo de este programa de educación nacional, actualizando su predicación. Un sermón sobre las virtudes de los antiguos patriarcas dirigido a los industriales, intermediarios y capitalistas empedernidos que llenan hoy las iglesias, no tiene ningún resultado positivo, porque su mentalidad endurecida reacciona más o menos así: "Eso era en esos felices y dichosos tiempos, pero ahora las cosas son distintas".

La actualización de las normas es urgente en todas las cátedras porque conforme cambian las circunstancias y situaciones han de cambiar los argumentos de convicción que encaminan a los hombres hacia el bien común. El influjo civilizador de las normas de Cristo sobre la moral ciudadana sería de un efecto fulminante, si señalaran los puntos medulares en donde las modernas agrupaciones de intereses capitalistas, industriales, económicos, etc., se apartan actualmente de las nobilísimas enseñanzas cristianas.

Si en todas las escuelas, colegios y universidades del territorio colombiano se prospectara de inmediato un moderno curso de educación política y de moral ciudadana, tendiente a despertar el espíritu de solidaridad humana y la necesidad de subordinar los intereses particulares al bien general, se daría el primer paso para el desarraigo del grosero egoísmo, que es fuente de todas las calamidades que nos azotan.

Al enunciar estas ideas sobre reeducación para la planificación, estoy segura de que la herencia simiesca que preside todas nuestras actividades y formas de pensamiento, lanzará el consabido argumento de salón: "En ningún país del mundo, ni aún en los más civilizados centros de la cultura, se le ha ocurrido a nadie introducir esta materia en los programas de conocimientos básicos del ciudadano". Y es la verdad. Pero no es menos verdadero que esta carencia de originalidad, de autenticidad, es la característica específica de nuestra condición de país subdesarrollado.

¿Cómo podemos desarrollar integralmente nuestras potencialidades si un afán de copia nos domina? Vivimos de prestado, ensayando fastuosos trajes importados que nos vienen grandes o chicos porque nunca se acomodan con exactitud a nuestra complexión mulata, mestiza y tropical. Ni en literatura, ni en arte, ni en política, ni en legislación tenemos algo autóctono, porque todo lo hemos copiado de fuera, en un desafortunado intento de destruir cuanto fuera la esencia de nuestra idiosincracia que quizá, sin la presión imitativa, hubiera florecido en forma genial.

Hoy, cuando la política está en la calle, en la plaza, en el café, en la escuela, en el costurero y hasta en el hogar, porque preside todas nuestras actividades y de allí dependen todas nuestras posibilidades de dicha o desventura, nadie puede desentenderse de ella sin producir con su omisión grave daño a la comunidad.

Si la esencia de la democracia reside en la representación popular, habremos de concluir en que este sistema ideal de gobierno sólo puede perdurar en la medida en que los electores adquieran una conciencia de los valores que han de representarlos, conciencia que solamente podrá formarse por medio de una educación capaz de plasmar individuos que entiendan sus obligaciones políticas y en todo momento estén listos a posponer sus particulares intereses a los intereses del conglomerado humano dentro del cual viven y progresan. Se necesita tener un cabal sentido de la integridad moral del ciudadano para elegir representantes de tales condiciones. De lo contrario, el ideal democrático perecerá. La lucha actual es una lucha de ideo-

logías y de sistemas en donde cada nación ha de aportar su mensaje constructivo de la nueva era, y será rectora del mundo la nación que lo exprese primero y en forma más acorde con los modernos anhelos y necesidades de la totalidad del conglomerado humano.

La alegre inconsciencia de la realidad social colombiana, que no quiere examinarse valerosamente porque lesiona intereses preestablecidos y atenta contra la insolencia de la mentalidad capitalista, nos conducirá irremediablemente a una de las dos dictaduras del mundo contemporáneo: la fascista, que es la dictadura de las oligarquías, o la comunista, que es la del proletariado, si los dirigentes y líderes políticos no son capaces de orientarse hacia la tercera solución, que consiste en la marcha armoniosa y dinámica hacia una nueva democracia planificada, basada en la reintegración de los diversos grupos o estamentos que forman el contenido social del Estado. Porque estos grupos ausentes de las deliberaciones públicas, aislados o reprimidos, de fuerzas de reserva y auxiliares poderosos para el proceso de transformación, se tornarán en ciegos elementos que, movidos por primarios resentimientos, avivarán la hoguera de la rebelión colectiva.

Se me dirá que el gobierno cuenta con poderosos y eficaces medios de represión, lo cual no pasa de ser una amenaza sin resultado práctico alguno, como se ha demostrado en el intento de erradicación de la violencia que ninguna fuerza compulsiva ha logrado detener. Es que la fidelidad a moldes y sistemas de conducta preestablecidos, basada en el temor, pierde toda su operancia cuando un cli-

ma nuevo, orientado por corrientes de pensamiento y de acción desconocidas antes, se perfila, con caracteres precisos, y se apresta a romper el estrecho marco de viejas concepciones.

En “la hora de ahora”, como decía Gaitán, ni las mujeres, consideradas hasta ayer como muebles o cosas carentes de raciocinio y aun de voluntad, aceptan ser regidas por personajes de mitológica sabiduría, ni sienten por ellos esa supersticiosa veneración que determina un temor sagrado ante la violación de cualquiera de sus mandatos.

Una democracia que gira al vaivén de masas movilizadas por las pasiones egoístas de los hombres que la dirigen, termina convirtiéndose en el más crudo totalitarismo disfrazado de democracia. Pero esta clase de máscaras utilizadas antes con gran habilidad, perdieron su poder encubridor desde el momento en que los diversos grupos del conglomerado humano empezaron a proyectarse, con los ojos muy abiertos, y a tomar posiciones en defensa de sus derechos conculcados. Ojalá los privilegiados mediten hoy, porque mañana será demasiado tarde. No sea que al pretender reprimir por medios violentos el desorden producido por los grupos que quieren opinar, actuar e intervenir, precipiten a todo el país en el desorden colectivo.

Ciertamente, algunos de los que me lean se asombrarán de los tremendos arrestos de una mujer que así se atreve a desafiar a los distribuidores de jugosos dividendos, exteriorizando elementales formas de pensamiento que todos comparten y comentan en el sigilo de sus alcobas, pero

que muy pocos se atreven a exponer públicamente, por un temor encubierto bajo la consabida frase: "Si los males no se remedian con denunciarlos, ¿para qué me perjudico gritándolos?". Falsa premisa y acomodaticio argumento destinado a adormecer la conciencia. Verdad que mis palabras nada van a remediar, pero no es menos verdadero que nadie puede estorbar ni detener la marcha de las ideas renovadoras cuando son compartidas por una tímida mayoría; ellas se extienden como mancha de aceite y van abriendo surco en la mentalidad ciudadana. El hecho mismo de ver brotar del rebaño de aplaudidores y agradecedores la voz insurgente de una mujer, es palmaria demostración de que un potente viento renovador flota sobre el territorio nacional.

No cometería la ridícula pretensión de hablar "en nombre de la mujer colombiana", frase de común manejo en las damas que se dirigen al público. Hablo en mi propio nombre, pero desde este islote, aspiro a hacer luz en las masas femeninas que representan hoy una de las grandes reservas sociales. El día en que esta fuerza latente se cohesioné y movilizó para expresar su propio mensaje, cristalizado en generosos programas de reestructuración política, económica y social, se podrá afirmar que las colombianas realizaron lo que no han logrado las mujeres de ningún país del mundo: hacer historia patria.